



**Un espacio de conocimiento e
información sobre el Adulto mayor**

Número 6

Año 3, Marzo 2010

Visite nuestra revista digital >>

TIEMPO DE DAR Y DE RECIBIR



Nací cuando finalizaba la guerra civil española –como algo anecdótico contaré que mi nombre tiene su origen en esa circunstancia. Una época de escaseces, en la que mi madre tenía que hacer milagros con los cupones del racionamiento para poner en la mesa algo nutritivo y más o menos sabroso, para una familia que ya era numerosa y a la que, por razones diversas, siempre se sumaba algún que otro familiar. Era “tiempo de dar”, en el que la solidaridad se ponía de manifiesto, para ayudar, acoger, acompañar al que más lo necesitara.

Desde pequeña, escuché muchas historias de la guerra –valga la pena recordar que en ese tiempo no había TV, ni internet, con lo que las tertulias acompañaban los momentos que compartíamos a las horas de las comidas. Algunas las recuerdo tan claramente como si las hubiera vivido; por ejemplo, aquella en la que mis padres y hermanos debían evacuar de la ciudad donde residían, porque iba a ser bombardeada. Según relataban, mi madre hizo un atado con unas sábanas y algunas cosas que, sentimentalmente, quería conservar. Sus pertenencias y las de otros fueron colocadas en un gran camión; cuando ellos se disponían a subir, el vehículo arrancó dejándolos en tierra. Ahí, desprovistos de todo, tuvieron que ponerse a caminar por la vía del tren hasta llegar a un convento de religiosas donde los recibieron para pasar la noche y reponer fuerzas. En la mañana temprano, los despedían poniendo en sus manos unos panes y unas latas de leche condensada para el camino. Fue –así nos lo contaban– momento de “recibir” y de alguien que compartía lo poco que tenía en esos momentos. Mis padres prometieron entonces que, de por vida, ayudarían a esas religiosas en las labores sociales que realizaban.

A partir de esa fecha, fueron muchas instituciones –las que cuidaban enfermos, ancianos o huérfanos– las que llegaban puntualmente cada mes a nuestra casa para recibir lo que, buenamente, disponían nuestros padres. Se llevaban un poco de dinerito y nos dejaban bendiciones que, de una u otra manera, las sentíamos en carne propia. Muerto mi padre –coincidiendo con una difícil situación económica–, no se perdió esa costumbre y nos siguieron visitando las religiosas, más viejitas, pero siempre sonrientes y agradecidas. Alguna vez se llevaron lo único que quedaba en la casa, pero, por ahí, alguien que nos gana en generosidad, nos devolvía “el ciento por uno”.

Muchos años después, el destino me trajo al Perú. Aquí había venido a trabajar el que era mi novio: nos casamos en Lima –agosto del año 1964. Nacieron nuestros cinco hijos pero nuestra felicidad se vio muy pronto truncada. Habían pasado nueve años desde nuestro matrimonio. Un día de Santa Rosa, amanecimos juntos, como de costumbre, y, en la tarde, fallecía repentinamente mi esposo, en la fábrica, lejos de la casa. En unas pocas horas dio un vuelco tremendo mi vida, me encontré sola y con cinco pequeños que no entendían lo que había pasado. No me detendré en este momento –del que podría contar mucho– y solamente lo traigo a la memoria porque, nuevamente, fue “tiempo de recibir”. Los dos habíamos trabajado mucho con parejas en el Movimiento Familiar Cristiano. Es así que, al poco de haber enviudado, una tarde llegaba a mi casa un matrimonio amigo con dos cheques que representaban lo que, en forma anónima, habían aportado las familias y viudas de este movimiento. No olvidaré nunca lo que me dijeron: “Alguien tenía que ser portador de este presente –como disculpando su presencia–; es algo que te ayudará en este tiempo en que tienes que pensar y reestructurar tu vida y la de tus niños”. “Que tu mano derecha no sepa lo que hace o da la izquierda”. En eso pensé entonces: Dar con generosidad, con humildad y recibir, en la misma forma, con sencillez, gratitud y compromiso para retribuir a cualquiera, no sabemos cuándo ni dónde. Nunca agradeceré bastante lo que supuso, en un momento tan especial, ese gesto generoso. Lo que recibimos fue, sin duda, muy importante y dio confianza y seguridad a mis hijos al sentirse queridos, arropados, por tanta gente.

Estas vivencias las traemos con frecuencia a la memoria por haber sido sumamente aleccionadoras.

En lo que ha supuesto este aprendizaje de la solidaridad, me he referido, hasta ahora, a mi propia familia y amigos. Sería injusto no mencionar aquí al colegio donde me formé –la Institución Teresiana– y el que me acogió para trabajar hasta hace tres años en que me jubilé. En el ideario figura, como uno de sus principales objetivos, el conocer la realidad cercana y comprometerse con ella, para colaborar en la transformación de la sociedad y convertirla en otra más justa y solidaria. Puedo asegurar, desde mi propia experiencia, que es una constante preocupación de todos los que, de una u otra forma, hemos integrado esa comunidad: el concretar esos objetivos.

Y llego, finalmente, a lo que deseo compartirles desde estas líneas.

Cuando mi hija menor –Lourdes– terminó su carrera de psicología y la práctica profesional, me comunicó que había decidido hacer un internado de tres años en el Hospital de Enfermedades Neoplásicas – INEN–, para tener la especialidad en oncología. Confieso que fue para mí algo inesperado y que me hizo pensar en lo duro y difícil que podría ser para ella esta experiencia. Sin embargo, no le manifesté mi preocupación y, por el contrario, le aseguré que si sentía esa inquietud, también tendría los medios y la fuerza para vivir el día a día en medio de esa realidad. Efectivamente, no me confundí y pude comprobar enseguida cómo, tan cerca del dolor, incluso la muerte, se sentía feliz acompañando a niños, adolescentes, adultos y ancianos según iban rotando los servicios. A menudo me compartía algunas anécdotas o vivencias en relación a su trabajo, y fue así como llegué a interesarme más y valorar esa preciosa tarea.



Como si estuviera escrito en mi destino, ocurrió que un día leí un artículo referente a una institución – recientemente formada– que trabajaba con niños en el INEN, cubriendo las necesidades de la currícula escolar y llevando ilusión y entretenimiento a estos pequeños durante su permanencia en el hospital. Las responsables eran voluntarias que se preparaban y dedicaban buena parte de su tiempo para **“hacer del tiempo de espera, un tiempo de esperanza”** –este es el lema del Programa **APRENDO CONTIGO**, que integro casi diez años. Si recientemente me jubilé, se preguntarán cómo lo hice... Una conversación con la que era directora del colegio entonces, bastó para que constatará cómo me entusiasmaba la idea de participar en ese voluntariado. “¿Querías ser voluntaria?” –me dijo. “Ya lo creo –respondí emocionada–, pero mi horario no me lo permitiría”. “Un día a la semana, saldrás más temprano; ya trabajaste mucho aquí y esa buena idea no debe perderse; ve tranquila que tienes mi permiso”. Le di un abrazo enorme y salí corriendo para llamar a mi hija y averiguar lo que haría para inscribirme. Por supuesto, pasado ese momento, continué agradeciendo ese gesto maravilloso que, sin duda, trascendía lo que se refería a mi persona. Antes dije que en el colegio se vivía con fuerza todo lo que significaba proyección social y esto es una muestra.

Hace unos días, ordenando mis cajones, encontré una copia de un correo donde mi hija me anotaba el nombre de la persona encargada de entrevistarme y la dirección donde debía ir. Es cierto que soy sentimental y amante de los recuerdos pero, aún así, yo misma quedé sorprendida de que hubiera guardado ese papel tanto tiempo. Y es que, sinceramente, ese paso significó mucho para mí. A partir de ese momento, algo muy especial vino a llenar parte de mi vida.

El nombre del programa: APRENDO CONTIGO”, tiene que ver mucho con lo que ahí vivimos: Niños y voluntarios, aprendemos juntos.

Se necesita tener esta experiencia para comprender cuánto puede uno crecer y enriquecerse. Es difícil expresar lo que significa la sonrisa de un niño que, aun enfermo, se alegra con nuestra presencia y espera ansioso

las tareas que le llevamos cada mañana o cada tarde. De igual manera, el reconocimiento de los papás que acompañan y que no se cansan de agradecer lo que hacemos por ellos.

Siempre me he caracterizado por ser alegre, pero ahora miro la vida con más ilusión, con más esperanza. Es fiesta para mí cuando a un niño le dan de alta, cuando, después de muchas sesiones de quimioterapia, viene contento a despedirse y a pedir el regalo que les damos al momento de regresar a su casa.

Nunca antes me habían llamado la atención las manualidades. Es más no me creía con la habilidad necesaria para esas tareas. He descubierto, a través del tiempo, que, con una fuerte motivación, eres capaz de inventar cualquier cosa. Hace poco, me preguntaba un chico del grupo que de dónde sacaba tantas ideas... "Creo – le dije– que Dios ve mi buena intención y me sopla en la oreja". Y es cierto. Utilizo los materiales más increíbles – muchos de los que van a la basura en otras casas– y se convierten –oh maravilla– en objetos, juguetes que encantan a los pequeños, e involucran, además, a los papás que trabajan con ellos. He desarrollado una creatividad que parece estaba escondida, hasta el punto de haber incursionado en otra actividad artística como es la vitrofusión y que ha resultado para mí una formidable terapia, además de fuente de ingresos.



Me sorprende disfrazándome de "Payasito Plin Plin", cantando por las diferentes salas; o de morena, celebrando el "Día de la Canción Criolla" y sacando a bailar a los niños, papás o enfermeras; de pastora, coreando los villancicos en Navidad; o de "Año Viejo" el 31 de diciembre, soltando por la ventana los deseos de los niños –prendidos en globos– para que subieran hasta el cielo... Hay que ver cómo gozan esos momentos. Una tarde subía en el ascensor del hospital; conmigo iban una niña con su mamá: "Tú bailaste un día con mi papá –me dijo, contenta–; te habías disfrazado de negrita". No pude menos que sonreír y acariciarla; había pasado un buen tiempo, y ella lo recordaba con tanta alegría.

Somos un equipo y, con todos, he aprendido también mucho: la tolerancia, el respeto mutuo, fidelidad, entrega, responsabilidad, disciplina, compromiso. Cada uno, cada una, tiene su tarea por la que va a responder. La amistad entre nosotros es mucho más rica por lo que nos unen otro tipo de intereses, salvando diferencias de edad o sexo.

Hace un tiempo, no habría imaginado que, en esta etapa de mi vida, estuviera desarrollando una tarea como esta que da tanto sentido a mi existencia.

UNEX es, igualmente, un espacio que, generosamente, nos brinda la Universidad Católica, que nos hace sentir "vivos", en el que podemos seguir madurando y enriqueciendo, no solo a nivel personal sino para que revierta todo en nuestro propio entorno, ahí donde nos toque estar. ¡Gracias mil por ello!

El paso de los años ha podido achicarnos en estatura, pero nos hizo crecer en "sabiduría". Los años vividos han sido un constante "dar y recibir". Me siento una privilegiada por ello y no dejaré de dar gracias a Dios por haberme facilitado el camino.

Hoy, es **tiempo de dar**, compartir lo recibido y aprendido que es mucho, y hacerlo con nuestros hijos, nietos y personas cercanas. Ese debería ser nuestro principal compromiso.

Desearía, modestamente, que, a través de estos cuentos y anécdotas, haya podido transmitirles algo que es mi sentimiento sincero: Seremos tanto más gratificados cuanto más pongamos la atención en el otro, la otra. Recuerdo aquí las palabras del Santo: "Es dando que uno recibe...".

Y termino diciéndoles: ¡Seamos felices, haciendo felices a los demás!

M^a Victoria Santolaria, viuda de Ruda

Alumna del Programa UNEX/PUCP